

Elogio a destiempo (en homenaje a Beatriz Sarlo)

Hace más de veinte años que leo y a veces aún escribo una frase que muchos de ustedes también leen y a veces aún escriben: “Según Beatriz Sarlo”. De aquí en adelante no habrá nuevos temas condensados en el “según” de la frase pero intuyo que seguirá siendo escrita y leída por un buen tiempo. Es una fórmula precisa, una coartada segura, el momento cero del debate, el comienzo de una disidencia, incluso de una de refutación. Es habitual disentir con Sarlo; es difícil no citarla.

Los que nacimos con la democracia quizá sólo fuimos plenamente contemporáneos de su itinerario final. De los libros que pude leer en tiempo real, es probable que *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu* (2003) y *Tiempo pasado* (2005) sean los que definen quién era y qué tenía para decir Beatriz Sarlo a principios de este siglo. Dos libros potentes, polémicos, incorrectos, en contrapunto con una época que estaba comenzando o por comenzar. Ambos declaran también una dinámica en común; originalmente iban a ser otra cosa: un trabajo sobre las pasiones y una biografía intelectual sobre los sesenta y setenta. Son y no son lo que iban a ser, se le imponen como repuestas tentativas pero sobre todo como preguntas desviadas de las preguntas iniciales.

Por fuera de los libros esa dinámica persiste. En junio de 2010 partimos rumbo a Tandil con un amigo y colega a pasar una intensa semana de estudio y a develarnos un enigma. Beatriz Sarlo ofrecía un seminario de posgrado en la Universidad del Centro y, en consecuencia, una oportunidad para verla trabajar de cerca. El anecdotario es extenso pero alcanza con una escena. En esos días, se disputaba el Campeonato de tenis de Wimbledon. Sarlo seguía el que terminó siendo el partido más largo de la historia (había empezado el 22 de junio y terminaría el 24) y, con un matiz de escándalo, se preguntaba si “en nombre de quién sabe qué antigua tradición inglesa iban a dejar morir a dos deportistas de alto rendimiento”. Era el año del Bicentenario; en esos mismos días, nosotros seguíamos el Mundial de Sudáfrica y a la Selección dirigida por Maradona. Un paso más acá de la ironía, aquella pregunta parecía ser el reverso de otra acaso más consistente: ¿en nombre de qué reciente tradición argentina se podía matar a un deportista de alto rendimiento?

Desde esos años, en el corazón mismo de su derrotero por medios de prensa también había un enigma. ¿Qué hacía ahí? ¿Con quién hablaba mientras hablaba con todos? Entre las variadas escenas de ese itinerario, una extensa e intermitente conversación en campo aparentemente enemigo se destaca. En su nota de

despedida a Horacio González eligió definir ese vínculo personal y público a partir de una analogía entre ellos y los dos teólogos del cuento de Borges, para finalmente concluir o confesar: “Éramos criollistas”. En el reverso de Wimbledon, Argentina; en el de Raymond Williams, Horacio González.

Conversando con un amigo y colega sobre esta nota, nos preguntábamos qué texto en particular podríamos reproducir; finalmente nos inclinamos por estas definiciones acerca del sentido de una revista:

“Pensé (y pienso hasta hoy) que es preferible que una revista se equivoque a que permanezca igual a sí misma cuando las cosas cambian o cuando los temas se banalizan”.

“Una revista define problemas que le son propios, porque no los elige en el *carroussel* de las novedades periodísticas nacionales o internacionales, sino que demuestra su capacidad para hacer las preguntas y abrir los debates que no se escriben en otras partes”.

“Una revista tiene que reunir cualidades paradójales; ser, al mismo tiempo, un instrumento preciso y nervioso. Por eso es tan difícil y tan absorbente hacerla, porque una revista no puede encarar el presente con intermitencias ni confiar en un capital acumulado”.

“Sólo cuando una revista es un instrumento imprescindible para quienes la hacen, sólo cuando no pueden imaginar que podrían reemplazarla por otra cosa, una revista sale bien, es decir no sale tranquila y ordenada, sino inquieta, irritante”.

Las citas anteriores son extractos del texto “Final” que Beatriz Sarlo escribió en el número 90 de *Punto de Vista*. No sé si en estos días es posible pensar una revista en esos términos, pero sigue siendo difícil no citarla. Nunca pensé que iba a escribir estas páginas; nunca, antes de hoy, había pensado en la noticia de esta mañana.

Martín Pérez Calarco
Mar del Plata, 17 de diciembre de 2024